

PRÓLOGO

Eva Cote Montes

Antropóloga

La asociación Amigos de la Barca de Jábega me ha brindado la oportunidad de escribir unas líneas a modo de presentación de este número de sus *Cuadernos del Rebalaje*, privilegio que agradezco porque me atañe muy de cerca tanto en lo profesional como en lo personal.

A nivel profesional estoy encantada de tener cabida en una publicación cuyos objetivos son aunar y difundir conocimientos y saberes en torno al mar Mediterráneo -el “mare nostrum” que decían los romanos- y por lo tanto sobre nuestras propias gentes, nuestras tradiciones y nuestras costumbres, todo lo cual forma parte de mi propio ámbito de interés y de trabajo como antropóloga.

Pero por si esto fuera poco, el contenido de este *Cuaderno* es una narración en primera persona sobre las vivencias y aprendizajes de Manuel Rojas López, un niño que creció entre la mar y el rebalaje y se hizo hombre con alma de jabegote. Es entonces cuando el “encargo” se convierte en un regalo para mí, como a buen seguro la lectura del *Cuaderno* lo será para todos aquellos que anhelamos conocer y acercarnos al rebalaje y a sus gentes, pues Manuel a través de sus recuerdos nos ofrece la posibilidad de hacerlo de primera mano, de su mano.

En general estamos habituados a pensar en la cultura como concepto de manera tan magnificada, que nos cuesta reconocer que las personas sencillas puedan ser parte y portadoras de ella. Olvidándonos de que aquello que vincula al hombre de manera más íntima con su grupo de pertenencia, con sus raíces, son precisamente la tradición oral y la memoria colectiva. Y que son esos valores transmitidos de manera intergeneracional, anclados en un recuerdo y una memoria compartidos, los que nos sirven como referentes de nuestro actual modo de vida, los que nos llevan a adoptar unas maneras concretas de ser y de estar en el mundo y, por tanto, los que nos hacen ser parte de una determinada cultura y no de otra. Y es justo hacia esa memoria colectiva, hacia esos recuerdos compartidos, que vinculan el pasado y el presente, hacia donde nos acerca Manuel en su relato.

Un relato que aborda en apenas 20 páginas gran parte de lo que supone el objeto de estudio de la antropología, el patrimonio inmaterial o intangible, es decir, el conjunto de “usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes-, que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural”, como define la *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial* de la UNESCO (París, 2003). Este patrimonio es un legado vivo, en continua re-creación, que se transmite de generación en generación y cobra vida, tanto a través de las personas, como de sus prácticas y formas de expresión.

Llorenç Prats (2005) lo explica muy bien cuando dice que “el patrimonio es un recurso permanente al pasado para interpretar el presente y construir el futuro”. Bajo esta concepción el patrimonio se convierte en fuente de memoria y de autorreconocimiento, ya sea dentro del ámbito de los bienes culturales tangibles y materiales: construcciones, monumentos, instrumentos, herramientas, etc., como en el de aquellos intangibles o inmateriales: saberes tradicionales, usos y costumbres propios, jerga local... Pero además dicha memoria se localiza en un espacio y tiempo concretos, en un particular contexto natural y humano, por lo que resulta imprescindible para su puesta en valor el conocimiento de la intrahistoria de sus protagonistas.

Podríamos así sentar las bases de nuestra identidad en torno a la memoria compartida, siempre que no perdamos de vista el hecho de que el conjunto de conocimientos que cada generación entrega a la siguiente -esa herencia patrimonial- debe ser renovada en el presente, pues sólo cobra sentido cuando la generación contemporánea la revive y se la apropia. De lo contrario todo quedaría en un conjunto de anacronismos, costumbres obsoletas y anticuados testimonios.

Y en este sentido la historia de vida de Manuel nos ayuda al conocimiento y a la comprensión de los marcadores identitarios de los jabegotes, de los marengos, de las gentes de la mar de Málaga, al tiempo que nos hace conscientes de la importancia de rescatar la historia del olvido, del valor de lo que cada uno guarda en su memoria. Pues a través del acceso a todo ese conjunto de recuerdos y experiencias comunes llegamos al conocimiento de las bases de nuestra diversidad cultural, y sólo a partir de ahí podemos presentar batalla al uniformismo cultural y la homogeneización a la que nos orienta el mundo globalizado.

Manuel Rojas es una institución viva, como ya nos advierte Pablo Portillo en su prólogo: “es habitual ver corrillos a su alrededor cuando habla sobre las barcas. Manuel, como buen maestro, consigue callar a extraños, apagar radios y cerrar periódicos”. Sus recuerdos le han ocupado toda una existencia y él ha querido bucear en su memoria, para traerlos al presente y que pasen a formar parte de la memoria colectiva de su *pueblo*. En palabras de la etnógrafa B. Kirshenblatt-Gimblett (2004), “las personas vienen y se van, pero la cultura perdura en la medida que una generación la transmite a la siguiente”.

